

*Cuando se alcen nuestras voces;*

*María Catalina Villanueva Franco.*

Corría con afán por entre las acaloradas calles de la ciudad nocturna, entre edificios, luces y gente que apenas detenía su atención un segundo sobre él. Cuando las bestias se sentían aburridas solían raptar ojos de ciudadanos, para perderlos a propósito en el río, sin embargo, perseguir seres de magia era su práctica primordial. Él huía por esa razón, aunque no quisiera. Al nacer se había formado en sus cuerdas vocales una pequeña orquídea blanca, que le daba el don de atraer la mente y el corazón ajeno con su voz; cuando él expusiera sin un ápice de dubitación un argumento saturado de pura verdad, la multitud contendría la respiración solo para darle la atención necesaria, e incluso después de irse, lo dicho aún encendería un ardor en el pensamiento de quienes lo habían escuchado.

Ese poder era algo que las bestias no soportaban, así que intimidaban a sus portadores, acosándolos desde las sombras. Cuando la magia de esos seres se levantaba entre las masas, las bestias se escabullían, los atrapaban y degollaban con las garras, para arrancar algunos pétalos de su voz y exponerlos al mundo, advirtiendo su disgusto.

Él se negaba a que ese destino fatal fuera suyo, pero al dar vueltas por entre lo salvaje de una metrópoli en pleno anochecer, con el pánico desprendiéndose como gotas de sudor y la mente bailando en un mareo fatigado, apenas había notado que estaba acorralado entre las uniformes bestias.

Buscó temblorosamente una puerta abierta entre las edificaciones cercanas y al dar con una desportillada ventana saltó dentro cerrándola con fuerza. Su intención era encontrar otra salida, pero al darse la vuelta descubrió una pradera cubierta por flores amarillas y árboles que obsequiaban su sombra enaltecida, rociados por el suave perfume de la tierra mojada. Él estaba de pie en el pórtico de una casa de madera grisácea, con una silla mecedora, una mesita en la que reposaba una taza de tinto humeante y una hamaca, a los lados de la puerta principal. Una suave voz suspiró. En la pradera frente a él un hombre de ojos pequeños y piel oscura que sostenía flores en sus manos anunció tristemente — ¡Ha venido uno más!—. Por la puerta principal salieron varios adultos, jóvenes y mujeres, además de un niño, que se quedaron viéndolo con una expresión que mezclaba la indignación y la melancolía como si fueran acuarelas.

El aire que entraba por sus pulmones cargaba una densa sensación de tristeza y después de verlo por la mitad de un segundo, una de las mujeres empezó a sollozar, mientras se acercaba suavemente para abrazarlo por el torso, reposando la cabeza sobre su pecho.

—Es tan joven.— murmuró ella.

Por su rostro surcó un gesto de confusión, pero al analizar con la mirada más detenidamente descubrió que todos ellos tenían sobre la piel de su cuello, cerca a su barbilla, algunos pétalos blancos, descansando devastados sobre una herida abierta. El hombre de sombrero y bigote, la mujer de piel trigueña y corona tradicional, el muchacho de barba cuadrada, la joven de brillo labial rosa, la mujer de cejas delgadas y melena lisa, el niño de dientes desordenados y perfil adorable. La voz de todos ellos había quedado suspendida en el miedo. Entonces, él pensó que estaba muerto también.

—No quiero la compasión de los vivos, yo quiero vivir.— anunció.

—Es algo que todos queríamos— respondió el anciano—. Pero, escúcheme, la muerte aún no lo ha reclamado. Está de paso por este lugar. Un tiempo antes de que las bestias den con alguno por última vez, la magia nos trae aquí, para reunirnos con los que no han podido evitar el horror.

—Así es— agregó la mujer trigueña—. Cuando esté de regreso en la vida su voz estará débil, nadie querrá escucharlo, ni su respiración será audible. Pero aun así debe encontrar la forma de no volver acá; váyase muy lejos y cuide de su voz, donde nunca puedan hacerle daño.

Él repasó lo dicho en su mente; tendría que volver, completamente roto y no permitirse ser atrapado por aquellas garras feroces que siempre seguían su sombra. —¿Alguno de los nuestros lo ha logrado?

Se miraron los unos a los otros, entre un silencio devastador. Apenas en un susurro, alguien pudo responderle.—No, hijo. Tantísimos hemos intentado, pero es que la esperanza no se puede perder.

—¿Tantísimos?— preguntó. El niño, que había permanecido atrás de todos, sostuvo su mano y lo guio hasta la pradera, de espaldas a la casa, para después regresar su vista al lugar. Sus ojos dejaron escapar una lágrima desacorde con su expresión furiosa. Delante de sí no solo estaba la casa gris de la que recién salía, si no, una casa más al lado de esa. Y otra, y otra, y otra... No sabría decir cuántas.

—¡Pues yo no me voy a morir!— exclamó enojado— Cuando vuelva le cobraré a las bestias lo que les arrebataron, se lo voy a decir a todo el mundo ¡Antes no pongo un pie aquí!

—¿Cómo dice?

—Sí. ¿Qué me importa que con mi magia no alcance? No harán sufrir ni un alma más.

—No alcanza— repitió el niño, con una mueca afligida, ensimismado, pero luego anunció decididamente—. Tendrá que alzar mi voz también.

El pequeño subió sus manos hasta su cuello y suavemente quitó de su herida los poco que quedaba de la orquídea que alguna vez había estado completa. Sujetó los dedos del muchacho y en su palma abierta colocó la magia que adoraba con todo su ser. A su alrededor y después de verlo por los cristales de las demás casas, una a una fueron llegando cada vez más personas.

Cuando se dio cuenta, en sus manos, bolsillos y cabello reposaban una increíble cantidad de pétalos blancos. Al dar pasos en dirección al pórtico que recién había dejado, estos no caían, en cambio, se hacían parte de su piel, dejándola pálida pero ardiente. Tocó la perilla con los dedos y se dio la vuelta. Las heridas en los cuellos de quienes se habían quedado de pie en la pradera que se iluminaba con el atardecer, se cerraban con lentitud, sin dejar pista de que habían estado alguna vez. Ellos lo observaron, antes de sentarse bajo los árboles y cerrar los ojos para, por fin, descansar.

Giró la perilla y empujó la puerta, cruzando para estar de vuelta en la viva ciudad donde ya era de mañana. Cerró tras de sí, con el corazón sacudiéndose salvajemente dentro de su pecho. Intentó susurrar, creyendo que le sería imposible, sin embargo, al hacerlo los ojos de cada humano presente en esa calle tan transitada se dirigieron a él, totalmente dispuestos a entender cualquier sílaba que saliera por entre sus labios. Ahora la fuerza de sus palabras no era solo suya; entonces se decidió por gritar.

—¡Óiganme! ¡Porque les voy a decir la verdad!